

LECCION XXIV.

De las figuras de expresion.

Las principales figuras que usa el orador para aclarar sus pensamientos haciéndolos perceptibles á la razon ó interesantes á la imaginacion, y por este medio al corazon, se llaman descripcion, hipérbole, antífrasis ó ironía, metonimia, sinécdoque, metáfora y alegoría.

La descripcion consiste en exponer un objeto, sus propiedades y circunstancias con claridad, exactitud y viveza, de modo que al lector ó al oyente les parezca que le están viendo; como aconteció á San Basilio, quien decia á Libanio que al leer su celebrado discurso del **HOMBRE PEREZOSO** creia tener éste á la vista: y añade: has dado vida á tus palabras; «*ipsium enim morosum videre mihi videre... vivum enim et animatum sermonem scripsit... Libanius qui solus verbis animam largitus est.*»

Todos los objetos, así del orden sensible como del moral ó intelectual, pueden ser descritos. En otro lugar copiaremos ó citaremos descripciones hechas por los Santos Padres, de un lugar campestre, de la vida pastoril, del mar tranquilo, del sueño, de la amistad, del estado físico y moral del mundo, de un pueblo afligido por la sequedad, de una ciudad consternada, del colérico, del ébrio, de la embriaguez, del dolor de Abraham y de un hombre elevado y unido á su Dios en la meditacion. Tambien pondremos los retratos característicos que hicieron San Atanasio de nuestro Osio; San Basilio del Nazianceno, y éste de Melecio de Antioquía. San Gregorio Nazianceno sobresalía en este género.

Son muy loadas las descripciones que del caballo hicieron Homero y Virgilio: pero, dice Rollin con mucha razon, que es muy superior á aquellas la que leemos en el libro del Santo Job (1). San Juan Crisóstomo describe admirablemente la actitud del caballo obligado por el jinete á dar un salto peligroso.

(1) Job, cap. xxxix, versículos del 19 al 25.—Rollin, lib. iv, capítulo III, pár. iv, tomo II, pág. 570.

Cuando se exagera la grandeza ó la pequeñez de un objeto, se comete la figura llamada hipérbole: «*Greci vocant hyperbolém... fit quando id quod dicitur, longe est amplius quam quod eo dicto significatur.*» San Agustin, de quien es esta definicion, dijo que Dios habia puesto en venta el reino de los cielos por el precio de un jarro de agua fria: y San Jerónimo, con ocasion del concilio de Rimini, exclamó: «*Ingemuit totus orbis, set arianum se esse miratus est.*» Nótese de paso que en estas frases hay á la vez hipérbole y metáfora.

La hipérbole versa siempre sobre un objeto por sí notable; pues sin esto las mayores exageraciones no bastarian á excitar la atencion. Ha de guardar tambien las debidas proporciones, sin cuya condicion, en vez de aclarar las ideas, las oscurece, y podrá inducir á error. Nadie que lea en sus originales las dos atrevidas hipérboles que acabamos de copiar se equivocará sobre su verdadero sentido.

Por lo mismo que esta figura es atrevida, su uso requiere buen juicio y sano gusto; de otra manera es muy fácil que por buscar lo extraordinario demos en lo extravagante. Llorando San Agustin la muerte de un amigo, decia que desde aquel instante la vida le era horrible, porque no queria vivir á medias: «*Mihi horrori erat vita quia nolebam dimidius vivere.*» y lleva su exageracion hasta añadir que estando la otra mitad de su vida en el amigo que habia muerto, él por su parte temia morir, no fuera que con esto su amigo muriese por completo. «*Et ideo forte mori metuebam, ne totus ille moreretur, quem multum amaveram.*» No nos atreveríamos á censurar como se merece este pasaje, si no fuera el mismo humildísimo Doctor quien le censura en estos términos. «*Quæ mihi quasi declamatio levis, quam gravis confessio videtur, quamvis utquaque temperata sit hæc ineptiam eo quod additum est FORTE.*» Así condenaba el gran Doctor una distraccion de su juventud! Sirva este aviso á los jóvenes para que repriman la inclinacion á lo extraordinario, y para que humildemente corrijan los defectos que de seguro cometerán en sus primeras composiciones.

No puede haber, dice San Agustin, traslacion más completa de los términos que cuando se toman en un sentido contrario al suyo propio, como diciendo de un pigmeo que es un gigante; esta figura se llama antífrasis.

sis; y si la usamos en tono de burla ó de crítica algun tanto mordaz, se llama ironía. «Éstas dos figuras, dice San Agustín, se distinguen en que en la ironía se conoce el verdadero sentido de la frase por el tono de la voz ó del estilo, y en la antífrasis por la significación que comúnmente damos á ciertas palabras, ó por que éstas se esclarecen con otras.»

Rara vez permite la austera gravedad de nuestro ministerio usar en el púlpito ironías mordaces ó epigramáticas; sin embargo, hay casos en que esta figura, manejada con tino y delicadeza, es una censura merecida, vigorosa y muy severa. Observan los Santos Padres varios pasajes de los Libros Santos en que se encuentra la ironía, y ellos la han usado también oportunamente, entre los cuales nos parece que el Nazianceno lo ha hecho con más frecuencia y mayor destreza.

Quando se aplica el nombre de un objeto á otro, fundando esa traslación en la coexistencia de ambos objetos, se comete una figura que se llama sinécdoque. La razón de coexistencia es tan amplia, que el uso de esta figura es indefinido; los modos de usarla más comunes consisten en tomar el todo por la parte, ó ésta por el todo; el género por la especie, ó, al contrario, la especie por el individuo, ó éste por aquella; el plural por el singular, ó viceversa; el continente por el contenido, ó éste por aquél; el signo ó distintivo de una cosa por la cosa misma.

También aplicamos el nombre de un objeto á otro, fundándonos en la sucesión; esta figura se llama metonimia, y se comete de ordinario tomando el antecedente por el consiguiente, ó viceversa; la causa por el efecto, ó éste por aquella; el nombre del inventor por la cosa inventada; el autor de un libro por el libro mismo, y el instrumento con que se hace alguna cosa por el modo de hacerla, ó por la persona que la ha hecho.

El uso de la sinécdoque y metonimia es tan vario como frecuente en los Libros Santos y en los escritos de los Santos Padres; por lo que seríamos interminables si hubiéramos de citar siquiera no fuese más de un solo ejemplo para cada caso.

Metáfora, «hoc est de re propria ad rem non propriam verbi alicujus usurpata translatio,» como dice San Agustín, es una palabra griega que significa literalmente traslación ó la vuelta que se da á un objeto, y por esto se llama así por excelencia el único tropo en que la traslación

es completa. En la sinécdoque y metonimia el término no se traslada completamente, porque aunque se toma para expresar otro objeto distinto del propio, éste continúa siempre expresado.

La metáfora se funda en la semejanza de dos objetos: el entendimiento la concibe, y el orador aplica el nombre del uno al otro sin expresar la comparación que de ambos ha hecho en su mente; la metáfora es, pues, una comparación abreviada.

La escasez del lenguaje metafísico nos obliga á tomar los nombres de objetos sensibles para expresar los intelectuales; la invención y descubrimiento de nuevos objetos en las ciencias físicas y el reino de la naturaleza, hace también que nos sirvamos de un mismo nombre para significar diversos objetos: plácenos además el contraste ó la semejanza que nos ofrecen varios seres, y de aquí el gusto que nos causan las expresiones trasladadas. Empleando nombres propios de objetos sensibles para expresar los intelectuales, logramos hacer éstos perceptibles al espíritu, á la imaginación, y, en cuanto cabe, á los sentidos. La necesidad, pues, y el placer son las dos causas que han producido el lenguaje trópico; y como éste es completísimo en las metáforas, estas figuras son las más usadas.

La metáfora debe ser proporcionada, y versar sobre objetos cuya semejanza es conocida, pero no tan grande que se confundan entre sí. Ha de ser digna, de modo que jamás se tome de objetos bajos ni desagradables; y sobre todo se ha de emplear siempre en obsequio de la verdad, evitando á toda costa que el brillo y resplandor de esta figura deslumbré y haga creer verdadero lo que es falso.

Quando el orador usa alguna metáfora atrevida, debe templarla para evitar el peligro de error á sus oyentes; esto es lo que los griegos llamaban PEDIR GRACIA PARA LA HIPÉRBOLÉ. San Gregorio Nazianceno, hablando de los que habían muerto sofocados por la gran concurrencia al entierro de San Basilio, no se atrevió á llamarles víctimas funerarias sin usar algún correctivo. «Atque, ut ferentiorum quisquam dixerit, funebres victimæ.»

San Juan Crisóstomo llama á la caridad puerto franco en el piélago de este mundo; y Tertuliano, semilla de cristianos á la sangre de los mártires: metáfora que han usado también con frecuencia el primero y San Agustín.

Citamos con gusto algunas metáforas que han mere-

cido pomposos elogios á los oradores modernos que las usaron, pero cuya invencion es debida á los Santos Padres.

Massillon, en su sermón sobre la mezcla de los buenos y de los malos: «El justo puede condenar confiadamente en los demás lo que él se prohíbe á sí mismo; sus instrucciones no se avergüenzan de su conducta.» Maury dice que esta atrevida metáfora hubiera admirado á Racine, sin ofender quizá su delicado gusto (1): ignoraba sin duda el crítico francés que Tertuliano había dicho muchos siglos antes: «Ne dicta factis deficientibus erubescant;» y que San Jerónimo escribía á Nepociano: «Non confundant opera tua sermonem tuum.» Siendo de notar que estos Padres se proponían expresar la misma idea que Massillon.

Flequier, hablando de Judas Macabeo: «murió sepultado en su propia gloria.» Batteux elogia mucho esta frase; el P. Houdry dice que Flequier la tomó de Lingen-des; Maury observa que este último la había copiado de Mascaron: y pudiera haber añadido que Boismont se sirvió de ella, sin citar tampoco á nadie: sólo Villemain, que sepamos, ha notado que San Ambrosio, hablando de la muerte de Eleázaro, había dicho: «Cujus (elephanti) ruina inclusus magis quam oppressus, suo est sepultus triumpho (2).»

Compara Bossuet á Enriqueta de Inglaterra con una columna maciza, que permanece inmóvil cuando cae sobre ella el edificio que la misma sostenía. «Yo no he visto, dice Maury, comparacion más magnífica, ni en Homero (3).» Sea; pero la idea está en dos metáforas que leemos en los Santos Padres. San Jerónimo, copiando á Virgilio, escribía á Heliodoro: «Dicant si volunt, et grammatici in te omnis domus inclinata recumbit.» San Juan Crisóstomo, predicando sobre la reprension dirigida por

(1) Massillon, sermón XX para el mártir de la tercera semana de Cuaresma.—Migne, tom. XLII, pág. 728.—Maury, ensayo XLI, página 154.

(2) Flequier, oracion fúnebre de Turena, coleccion de clásicos franceses, pág. 38.—Batteux, tratado IX, sec. IV, cap. III, tom. VII, pág. 42.—Houdry, Lingendes, Mascaron y Maury, que cita á los anteriores en sus ensayos, nota XII, pág. 561.—Boismont, sermón de la caridad, Migne, tom. LXV, pág. 747.—Villemain: *Oraciones fúnebres selectas*.

(3) *Oracion fúnebre de la reina de Inglaterra*, ed. de París 1823, pág. 43.—Maury, ensayo XLII, pág. 155.

San Pablo á San Pedro, decía: «Numquid unumquemque vestrum hoc conturbat, dum audit Petro restitisse Paulum. Columnas scilicet Ecclesiæ inter se collidi, atque in se invicem incurrere? Siquidem veræ columnæ sunt isti qui fidei tectum sustinent, et gestant.»

Una locucion, compuesta de varias metáforas, se llama alegoría. Es bella sin duda y puede servir de modelo la que hace Bossuet, presentando la vida del hombre como un viaje: admirable y soberbia la llama Maury; estamos de acuerdo; pero no lo estamos con la exageracion de que sólo Bossuet era capaz de inventarla, explicarla en presencia de una corte, y sobre todo de sostenerla desde el principio hasta el fin con admirable fuerza de imaginacion (1). Dejando aparte á Lactancio y San Juan Crisóstomo, que usaron ya la misma alegoría, en dos pasajes la presenta bajo distintas y bellísimas formas San Basilio, de quien indudablemente la tomó Bossuet, puesto que, no sólo imitó la idea, sino que copió literalmente algunas de sus expresiones. También San Ambrosio, al emplearla, imitó á San Basilio, si no nos equivocamos.

Un literato francés (2) elogia mucho la siguiente alegoría, que atribuye á Flequier, hablando de Turena: «Sus virtudes le adornaron con aquella flor que esparce un olor más agradable que los perfumes sobre una hermosa vida.» Sea el que quiera el mérito de esta figura, es preciso confesar que la idea no es nueva, pues la encontramos en los Libros Santos, y la explicaron muchos Santos Padres, entre los cuales recordamos ahora al Crisóstomo, San Gregorio M. y San Bernardo.

LECCION XXV.

De las figuras de pasion.

Reciben este nombre ciertas locuciones en que naturalmente prorrumpe el orador enseñoreado de vivos afectos; las principales son: exclamacion, apóstrofe, obsecracion, prosopopeya, optacion, imprecacion y conminacion.

(1) Bossuet, sermón para el día de Pascua, tomo VIII, pág. 236.—Maury, ensayo XVIII, pág. 32.

(2) M. Lafont: *Elementos de literatura*, pág. 36.—Tolosa de Francia, 1838.